

# La guerra deportiva

En los años setenta, la Unión Soviética y los Estados Unidos llevaron a la cancha y al tablero el enconado enfrentamiento que protagonizaron por casi media centuria

## Riña en el tablero

### Fischer y Spassky, dos monstruos en un histórico duelo

La Guerra Fría estaba en punto de ebullición. Entre el Kremlin y la Casa Blanca había menos confianza que la que proyectan las cifras de López-Gatell, y para colmo los dos colosales arrastraban al mundo entero en su inabarcable raund de sombra. El espionaje y el disimulo vivían un frenesí que no se veía desde que los aqueos lograron introducir un colosal caballo en Troya.

Ese era el comportamiento del planeta en los sesenta y setenta. En Occidente la CIA y los rastros del macartismo acusaban de traidor a la patria a todo el que estornudara, y en Oriente la KGB y la Stasi tenían la bota en el cuello de la mitad del mundo. Era imposible que tal polarización no se llevara a todos los campos del quehacer humano: el artístico, el cultural, el cósmico incluso y, desde luego, el científico y el deportivo.

El pulso entre ambos bloques en estas dos últimas esferas se produjo en 1972, en el que hasta entonces fue el combate más publicitado de la Guerra Fría, donde de hecho sí hubo un enfrentamiento real y produjo un triunfador y un derrotado: el choque entre Bobby Fischer y Boris Spassky en un tablero de ajedrez.

El soviético Spassky no era solo el campeón mundial de ajedrez desde 1969, sino además el más reciente miembro de una pléyade de grandes maestros que habían puesto a la hoz y el martillo en el pináculo del deporte ciencia en los últimos 24 años. En un país donde el ajedrez y la

Iglesia Ortodoxa son las dos grandes religiones, encabezar esa disciplina por casi dos décadas y media no es poca cosa.

De 32 años y cara de niño travieso, con un dejo de Joe Pesci, aunque serio y frío como Siberia, Spassky llegó puntualísimo el 2 de julio a Islandia, día designado para el arranque de la partida. Sin embargo, debió esperar a que, nueve días después, Fischer decidiera poner fin a sus rabiets y hacer su aparición. Ni la carta de disculpas que envió mitigó el furor del ruso.

El estadounidense, un joven de 29 años enjuto y espigado, un Mark Zuckerberg del siglo XX, ya tenía un nombre labrado en el mundo del ajedrez y estaba convertido en un rival temible. Se hallaba ahora en el quicio del

tro, en un país donde no había apoyo oficial al deporte ciencia. Avanzó a grandes zancadas por el reino de Caissa y en 1966 fue segundo en un torneo en Santa Mónica, California, cuyo campeón fue Spassky, cuando aún no era campeón mundial.

Quizás por su genialidad, los arranques de Fischer eran proverbiales. De un momento a otro decidió no ir a la partida del siglo, aun cuando se habían cumplido todas sus condiciones, que no eran pocas ni sencillas. Pero Nixon no estaba para juegos ni berrinches. Envío a su poderosísimo secretario de Estado, Henry Kissinger, a ponerle un “estate quieto” al veleidoso ajedrecista. Diplomático como era, el enviado de la Casa Blanca decidió emplear la mano izquierda y usó dos frases que quedaron para la posteridad: “Bobby, Estados Unidos quiere que vayas y derrotes a los rusos”. Y remató: “Eres nuestro hombre contra los rojos”.

Fischer asistió a Islandia y se hizo famoso, y Kissinger un año después fue Premio Nobel de la Paz.

La partida comenzó el 11 de julio de 1972. Cincuenta y un días después, el 31 de agosto, Spassky capituló y el campeonato mundial de ajedrez recaía por primera ocasión en un estadounidense.

El ruso pasó de ser un embajador empoderado de la Unión Soviética a un proscrito, y doce años después, en 1984, optó por la nacionalidad francesa. Quizás su consuelo fue que Fischer también resultó no grato para su país. El americano terminó siendo perseguido por su gobierno debido a que aceptó jugar contra Spassky, veinte años después, una réplica de la partida del siglo, y volvió a ganar. El problema fue que se optó como sede para ese encuentro a la antigua Yugoslavia, que en aquel 1992 era víctima de un bloqueo de Estados Unidos por su participación en la guerra de Bosnia. Ahora era George Bush padre quien no estaba para juegos y su gobierno dictó orden de búsqueda y captura contra Fischer.

El Gran Maestro de Chicago, que puso a su país en el firmamento ajedrecístico y dio al Tío Sam una de las victorias más sonadas de la Guerra Fría, terminó sus años a salto de mata —incluidos ocho meses de prisión en Tokio por usar un pasaporte falso— perseguido por su propio país. Como la cabra tira al monte, pidió y le fue concedida la nacionalidad islandesa y murió en la ciudad que lo vio encumbrarse, Reikiavik, en 2008.

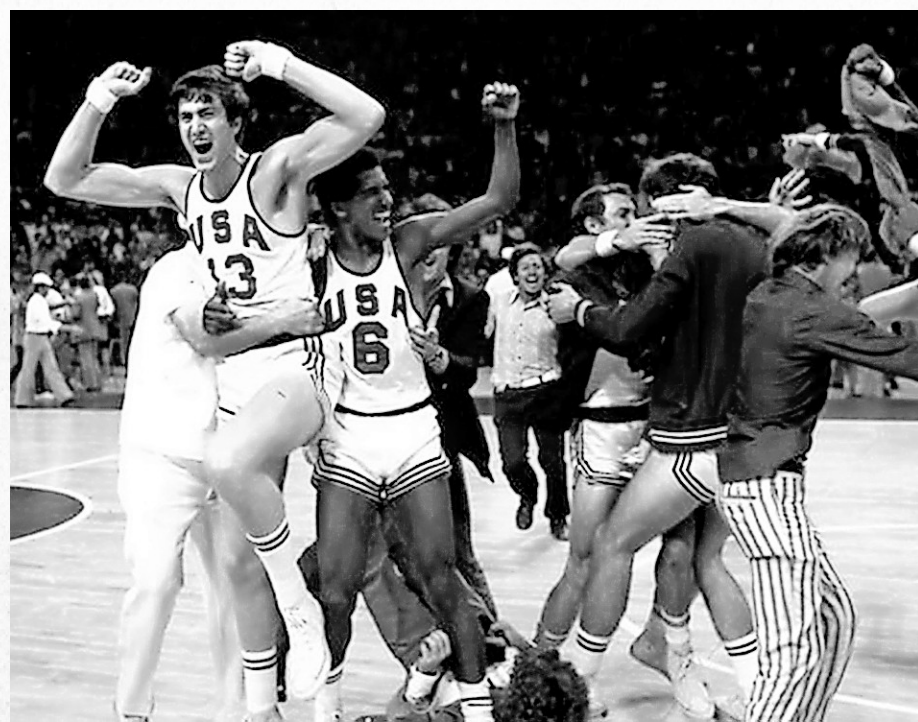
A sus 83 años, Spassky es el campeón mundial vivo más viejo del mundo. Vive en Moscú, a donde regresó hace unos años. Lo dicho: la cabra tira al monte. —OLEGARIO M. MOGUEL BERNAL

“Bobby, Estados Unidos quiere que vayas y derrotes a los rusos... Eres nuestro hombre contra los rojos”  
—Henry Kissinger

enfrentamiento del siglo, donde las dos potencias se verían cara a cara ante un tablero, una disputa entre dos grandes maestros que al mismo tiempo hacían las veces de embajadores involuntarios de Richard Nixon y Leonid Breznev, las barras y las estrellas frente a la hoz y el martillo, el Tío Sam ante el Oso de la Madre Rusia, la lucha de titanes entre Oriente y Occidente.

La polarización en torno al enfrentamiento alcanzaba tales niveles que debió buscarse una sede neutral y —se dice— fría para que Spassky estuviera a gusto. La Federación Internacional de Ajedrez se decidió por Reikiavik, la capital islandesa. Así pues, en el mismo lugar donde Julio Verne decidió emprender su “Viaje al centro de la Tierra”, se colocó la mesa para un viaje a las profundidades de los cerebros más célebres del momento.

De pequeño, Fischer era lo más lejano a un niño prodigio. Su desempeño era normal tirándole a lento. Sin embargo, acuñó y quizás hasta hoy es el único representante de lo que se conoce como “adolescente prodigio”. Se dice que un estudio de su coeficiente intelectual arrojó datos arriba de 180 (Einstein tenía 160). Cuando dijo despuntar, nadie lo paró. Hijo de una enfermera suiza y un físico alemán —aunque hay versiones de que su padre pudo ser un biólogo húngaro—, Fischer nació en Chicago y creció en Nueva York. Su precocidad llegó concluida la niñez y a los 15 años ya era Gran Maes-



Jugadores estadounidenses se abrazan antes de anularse su victoria olímpica en Múnich 1972

## “El robo del siglo”

### USA y URSS se jugaban más que la gloria olímpica

Dicen que las grandes gestas no tienen espacio para el olvido y que los momentos infames tienen un lugar reservado para el regocijo. Dicen que el deporte nunca ha sido justo, que tampoco lo ha sido la guerra, y mucho menos el amor.

Dicen que hubo un partido de baloncesto hace 48 años que puso en evidencia la pureza del deporte olímpico, y por qué no, del deporte en general, sobajado ante los estertores de una guerra que no fue guerra, de un infierno que dividió el mundo.

Dicen que el Comité Olímpico Internacional no ha logrado hasta hoy entregar unas medallas de plata después de casi medio siglo porque los receptores no quieren recibir las; que incluso el escolta estadounidense Kevin Davis, puso en su testamento que su esposa y sus hijos no las aceptaran al fallecer.

Dicen que la Guerra Fría estaba detrás de todo el asunto, la inexpugnable lucha entre Oriente y Occidente representados en Rusia y Estados Unidos con sus respectivos lacayos.

Dicen que Estados Unidos y Rusia se enfrentaron en el partido más mentiroso y vergonzoso de la historia, un encuentro en el que la selección norteamericana llegaba invicta desde 1936. Eso dolía, y mucho, cuando se produjo “El robo del siglo”.

Múnich 1972. Estados Unidos llegaba a una final olímpica de baloncesto barriendo, de la cancha a una flojísima Italia. Rusia se despachaba a una correosa Cuba, que había ido por delante en el marcador incluso por 13 puntos para caer en unos minutos finales de infarto.

Algunas crónicas hablan de que los cubanos, grandes aliados políticos de Rusia, se dejaron ganar. Otras dicen que el empuje soviético, con una selección especialmente diseñada para someter a Estados Unidos, logró el heroico resultado sin ayuda. Lo cierto es que la selección de la hoz y el martillo se plantaba en la final con un equipo antológico, que podía hacer

temblar las rodillas firmes de los norteamericanos

El 9 de septiembre, un puñado de días después del fin de la “Partida del siglo”, el duelo ajedrecístico entre el ruso Boris Spassky —quien se levantó en la partida 21 confirmando su derrota— y el estadounidense Bobby Fischer, que damos cuenta en esta misma página, el deporte volvía a juntar a vecinos del norte y los soviéticos.

En una cancha abarrotada en mitad de las disensiones entre las dos Alemanias —separadas por el telón de acero y la nube de una Tercera Guerra Mundial trazándose en el horizonte— Rusia consigue maniatar durante el encuentro a un Estados Unidos que no puede permitirse un descalabro en ese lugar,

tido final se había producido justo cuando sacaban de fondo (restándole según ellos por lo menos dos segundos de juego). Uno de los árbitros no decreta el final. Otro, posteriormente, no firma el acta por no estar de acuerdo con el desenlace del duelo que se orquestaba. Baja un delegado de la FIBA del palco a poner orden en medio de un absurdo difícil de explicar. Decisión: hay que repetir los tres segundos.

La cancha se despeja ante la sorpresa y protestas estadounidenses. Los jugadores norteamericanos no se ubican bien. Están dolidos. Están perdidos. Rusia se aprovecha. Toma el balón rápidamente desde el fondo. Cambia su estrategia y buscan al grandulón Alexander

Belov en la canasta contraria, quien evita fácilmente a su defensor. Se levanta y encesta sobre la bocina. Rusia gana el partido.

Esa misma noche, se forma un comité de expertos de la FIBA para decidir sobre el partido. Lo componen tres “amigos” soviéticos contra dos de Estados Unidos

ese año, contra ese rival.

En el duelo hay de todo hasta llegar a pocos segundos del final con un apretado 49 a 48 a favor de la Unión Soviética. Seis segundos separan a Rusia de la gloria olímpica y casi diplomática cuando el escolta Doug Collins roba una pelota y comienza una carrera frenética hacia la canasta rival. Estados Unidos vibra con un colofón soñado hasta que los soviéticos frenan el intento con una falta estratégica.

Tiros libres. Doug convierte los dos. 50 a 49 a favor de Estados Unidos. Tres segundos solamente por jugar. Hasta ese momento todo ha transcurrido de manera correcta. Pero a partir de entonces, comienza el verdadero escándalo.

Rusia sacar rápidamente en corto, tira de lejos y falla. El público y banquillo estadounidense invaden la cancha ante la alegría de los deportistas. El partido ha terminado. O no.

En el centro, una nube de jugadores rusos protesta airadamente a la mesa y a los árbitros. Su argumento: habían pedido un tiempo muerto no concedido antes de los tiros libres de Doug, además de que el pi-



Imagen del duelo entre Spassky (izquierda) y Fischer, en julio-agosto de 1972, en Reikiavik

#### MULTIMEDIA

Escanea el código o sigue el link

<https://cutt.ly/fuy7Q4g>

para conocer más de “La partida del siglo” y “El robo del siglo” en dos videos

